

Rafael Osuna

TIEMPO, MATERIA  
Y TEXTO

UNA REFLEXIÓN  
SOBRE LA REVISTA LITERARIA

Kassel · Edition Reichenberger · 1998

## SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN	1
II. MATERIA Y TIEMPO	
1. El campo de la materialidad	7
2. Espacio material, espacio simbólico y simetría	11
3. Tiempo y simetría	16
III. LOS DISCURSOS HEMEROGRÁFICOS	21
1. Literario	
a. Intento de definición	22
b. Los géneros hemerográficos	26
2. Publicitario	34
3. Identificador	36
4. Artístico	41
5. Tipográfico	47
6. Social	56
7. Mercantil	62
IV. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS DISCURSOS	
1. Las unidades de significación	68
2. Análisis de las transformaciones	75
3. Convención e innovación	80
V. COTEXTUALIDAD Y AUTORÍA	93
VI. METODOLOGÍA DE ASEDIO	104

## INTRODUCCIÓN

Si inquiriéramos de un auditorio de críticos desprevenidos (o de algunos diccionarios de términos literarios no menos desprevenidos) la definición del concepto de "revista literaria", la respuesta sería más o menos la siguiente: "una publicación periódica creada por un grupo de escritores en la que se inserta un conjunto misceláneo de textos de carácter literario." No acabadas de pronunciar estas palabras, el auditorio comprendería enseguida la insuficiencia de tal definición, pues pueden existir revistas sin periodicidad (sólo se publica un número), e incluso revistas que no llegan a publicarse por quedar en fase preimpresa, o que se hacen públicas en forma manuscrita e incluso oralmente —en la radio, en el salón de actos— y hoy en día electrónicamente en pantalla de ordenador, por no mencionar que muchas revistas están hechas por un solo sujeto y que la miscelaneidad puede quedar reducida a un solo género de escritura; de hecho, muchos de los textos de revista literaria —noticias, encuestas, sueltos, reseñas, publicidad— ni siquiera se consideran poseedores de literariedad —concepto en sí mismo arduísimo de definir— por parte del establecimiento crítico. Y no hará falta agregar que muchas revistas literarias presentan en su espacio congregador textos artísticos además de textos lingüísticos.

La definición inicial ofrecida por nuestros hipotéticos críticos (y las ofrecidas de hecho por los diccionarios, aunque éstas en verdad son prácticamente inexistentes, indicando así su inexistencia institucional) podría recomponerse y pulirse cuantas veces se deseara, pero difícilmente se obtendría una definición universal, valedera para la infinidad de series presentes y pasadas que constituyen el vasto sistema hemerográfico. Esa definición debería sortear muchos escollos, como los que presentan las confusas barreras alzadas entre prensa, revista, series periódicas y antologías. Esos escollos se harían prácticamente insalvables si la definición tratara de abarcar las revistas de los siglos XVII y XVIII, que es cuando aparecen en escena con una pujanza y variedad verdaderamente espectaculares. Inútil sería, por otra parte, buscar intentos de definición en la teoría crítica del siglo XX —el siglo por

excelencia de la teoría crítica—, pues la revista, como a poco veremos, ha sido universalmente negligida en el campo de la especulación. De insistir en la búsqueda de definición, con todo, nos encontraríamos con un hecho insólito y ello es que la especulación, si bien implícita y modesta, la han realizado únicamente los bibliotecarios, que se han visto obligados a ordenar conceptualmente la variopinta variedad hemerográfica a fin de situarla físicamente en el espacio de las bibliotecas. También los historiadores de las revistas han realizado algunos intentos de definición, de los que destacamos los de Camusat y Kirchner. El primero nos dice que una revista —pero sólo en el siglo XVIII francés— era una publicación que aparecía a intervalos, anunciaba libros nuevos, daba idea del contenido de éstos y servía para ofrecer noticia de los descubrimientos hechos en la república de las ciencias y las letras. Para el segundo, la revista de aquellos tiempos era una publicación cuya proyectada duración era indefinida, salía en entregas más o menos regulamente, se dirigía a un grupo de lectores de intereses semejantes, estaba producida por medios de duplicación mecánica, sus entregas eran las partes de un todo y poseía, dentro de su especialización, una diversidad de contenidos. Ninguna de estas definiciones resistiría un análisis serio, pero al menos poseen el valor de ser un esfuerzo por definir, que es lo que este libro también se propone.

Comencemos a intentar definir, pues, pero no comenzando por el principio sino por el final, esto es, diciendo unas palabras sobre cómo se manifiesta la realidad crítica en este momento en el terreno de las revistas literarias.

La hemerografía literaria, que debería ser la disciplina que estudiara tanto la estilística formal como referencial de la revista, está hoy por hoy en estado de extrema incuria. De extrema incuria reflexiva, se entiende, ya que estudios sobre revistas o basados en ellas existen a millares si incluimos los que se han hecho en España e Hispanoamérica, pero sobre todo en Inglaterra, Francia y Alemania. Se ha delineado la topografía hemerográfica en cuanto concretizada en revistas específicas, pero no la topografía del sistema o sistemas a que ellas pertenecen. Lo que más se echa de menos, con todo, es la relación consciente del instituto crítico con el objeto hemerográfico. Esto llega al punto de que todos usamos la revista instrumentalmente —como colaboradores, lectores, bibliófilos, críticos, bibliotecarios o investigadores— sin cono-

cer la esencialidad del instrumento, como si la hemerografía fuera una tribu en la que aún no han acontecido los antropólogos pero sí los turistas. A todos los efectos, la revista no es un objeto cultural, sino de consumo; se consume, pero no se teoriza sobre él ni se hacen demandas y preguntas. No es esta situación diferente a la práctica de un rito del que se realizara la ceremonia sin conocer el trasmundo de su significación, o al de producción de, por ejemplo, ideología sin conciencia de que se está produciendo ideología. Hacemos y manipulamos revistas pero no conocemos lo que hacemos ni lo que manipulamos.

La hemerografía estuvo y está situada al margen del discurso crítico pre- y post-estructuralista; más al margen, de hecho, que otros fenómenos de la literariedad hasta no hace mucho marginados, como el diario íntimo, la autobiografía o las manifestaciones de la infraliteratura, entre muchas otras literariedades que hoy se afanan por una canonización textual y crítica. Las zonas de la marginalidad, cada día más en busca de una arcádica centralización, vienen gozando de una saludable y constante recuperación, especialmente por parte del discurso crítico feminista, pero no así la hemerografía, que por no haber sido construida nunca, no ha podido ni siquiera ser desconstruida por los últimos desconstruccionistas. Es cierto que otros objetos textuales no están definidos tampoco, pero no por ausencia de definición, sino por las muchas definiciones con que se les asaetea, lo que ha dado como resultado una pérdida de definición. No ocurre tal cosa en hemerografía, pues no se puede perder lo que nunca se ha poseído. Para ser aceptada como objeto digno de reflexión, la revista necesita ante todo una comunidad crítica que la acepte como objeto digno de reflexión. Si esto no ocurre, no es porque no existan el objeto ni la comunidad sino porque no existe la voluntad, y sobre todo la conciencia, de la necesidad de reflexión. La hemerografía se halla así, como quien dice, al mismo nivel que los grafiti, la arenga militar, el teatro radiofónico y las letras de carnaval: no pasa de ser una mera curiosidad, como Zimbabue puede serlo respecto a París y Roma para una agencia de viajes.

Se considera a la revista como un cajón de sastre donde se echa todo lo que no cabe en el libro, o como un libro a plazos y en retazos, o cual invernadero donde crecen los consuetudinarios géneros literarios por arte de birlibirloque, o como una caja de Pandora, en fin, en la que lo importante son las sorpresas, pero